

El Campesino Mexicano en Detroit

Por Norman DEYMOND HUMPHREY, Ph. D. Profesor Asistente del Departamento de Sociología de la Universidad de Wayne, Detroit, Mich. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Trad. del inglés por Angela Müller Montiel.

Migración, Población y Establecimiento

LOS mexicanos comenzaron a llegar a los Estados Unidos como trabajadores agrícolas y como obreros de ferrocarril; después de la primera guerra mundial, se establecieron en algunas de las industrias del norte.

Hubo muchos que entraron al país ilegalmente a lo cual contribuyeron, tanto los agentes de trabajo como la periódica relajación de las reglas migratorias, debida a las propias autoridades gubernamentales. La colonia que se encuentra en Detroit está formada principalmente por trabajadores de los campos de caña de azúcar y por obreros de las regiones rurales, aunque también hay algunas personas que inmigraron movidas directamente por propósitos industriales. De las familias mexicanas que habitaban en Detroit en 1935, el cuarenta y cinco por ciento había tenido su primer hijo en dicha ciudad. Los trabajadores del campo fueron atraídos a la ciudad por los salarios más altos que paga la industria. Hacia 1920 se había ya formado una colonia bastante regular y, en 1928 se calculaba que había ya quince mil mexicanos en Detroit. La depresión de 1929, lo mismo que la de 1921, anteriormente, redujo este número y el gobierno financió el movimiento de repatriación, desde 1931 hasta 1933, gracias al

cual muchos volvieron a su país de origen. En 1935, había poco más de dos mil personas, de las que tal vez una cuarta parte, estaban atendidas al socorro público. Sin embargo, ninguna de las cifras de población son exactas, pues los hijos de los mexicanos y de las personas nacidas en Texas, de origen mexicano, no siempre están registrados. Como en otras regiones urbanas, los mexicanos que viven en Detroit se han establecido en la región deteriorada que está cerca del corazón de la ciudad. Pero, en contraste con las ciudades del suroeste, Detroit carece de un barrio mexicano, pues todos los habitantes de esta raza están dispersos en el área que se encuentra inmediatamente al oeste del centro, dentro del triángulo formado por Forth Street y Grand River Avenue. Desde el núcleo que ocupaban cerca de la calle 4ª y la avenida Michigan en 1920, los mexicanos se han movido hacia el oeste, en la zona de transición, dispersando sus hogares entre las casas de familias de los más variados orígenes nacionales. A pesar de carecer de una contigüidad espacial, los mexicanos se consideran todos como miembros de una colonia, como lo prueba el hecho de que en los anuncios de las fiestas sociales emplean este término.

Habitación

Las casas en que habitan los mexicanos en Detroit indican (en medio de toda la variedad de sus aspectos) todos los pasos del proceso de ajustamiento a que ha tenido que someterse el grupo inmigrante.

Las circunstancias económicas los han obligado a vivir en las partes donde las rentas son baratas y frecuentemente también a alquilar cuartos. Así pues, lo común es que vivan amontonados. Puede construirse un patrón que nos indique los cambios sufridos por los mexicanos, en sus habitaciones y en sus métodos de vida, a medida que han ido asimilando los valores y símbolos americanos. A esto corresponde una disminución de algunos objetos culturales mexicanos. Numerosos grupos familiares comparten las habitaciones en Detroit y la hospitalidad llega al punto de causar grandes incomodidades a los huéspedes. La falta de camas que se observa en los jacales o sean las habitaciones rurales de México, se encuentran también aquí entre las familias más pobres y menos asimiladas. Parte de dichas familias viven en sótanos que, por su falta de luz y de aire se asemejan a los jacales de los pueblos indígenas. En las primeras etapas de ajustamiento de la familia mexicana en Detroit se nota una gran ausencia de tapetes y otros accesorios, así como una mala ventilación, pero poco a poco, va habiendo mayor limpieza, más muebles y más objetos americanos que lle-

nan la casa de comodidades. Pero los objetos mexicanos, tales como imágenes religiosas, velas, fotografías familiares e íconos, persisten. Gradualmente se van adquiriendo otros objetos necesarios para aumentar las comodidades de la familia. Así aparecen, radios, pianos, vestidores que, muchas veces son objeto de cuidados especiales y por lo que la familia los cubre con colchas para resguardarlos. Lo mismo que en México, se tiene a los animales muy consentidos, los pollos y los patos circulan libremente por las habitaciones y son numerosas las familias que tienen perros favoritos. Las prácticas alimenticias persisten, aunque en menor grado que en Texas. Los niños nacidos en los Estados Unidos tienen gusto por comer otras cosas y así se va formando una alimentación mixta para la familia.

Empleos

El hombre de la calle piensa que el obrero mexicano en los Estados Unidos es, o un trabajador del campo, sin establecimiento fijo o un empleado de los ferrocarriles y, en la mayoría de los casos este es verdaderamente su papel dentro de nuestro sistema económico. En Detroit fueron empleados muchos trabajadores como suplentes, por 1920, pero fueron despedidos durante el período de depresión. Son también numerosos los mexicanos que han obtenido trabajo en la industria automovilística. Pero el carácter temporal de esta clase de trabajo acentúa el papel vago del jefe de la familia, pues frecuentemente se encuentra sin empleo y así se ve desprestigiado en su papel de sostén de la casa. Además, a medida que su función como sostén del hogar va declinando relativamente, él se esfuerza por aumentar su autoridad sobre sus hijos grandes. En la industria automovilística trabajan más mexicanos para la Ford Motor Company, que para cualquiera otra compañía y esto ha traído como consecuencia que en la familia se observen ciertos ajustamientos de acuerdo con los singulares aspectos simbólicos de dicha compañía. En general los mexicanos no han podido pasar de los puntos más bajos de la escala industrial, aunque algunos inmigrantes antiguos que recibieron enseñanza técnica como aprendices en Detroit han avanzado hasta los puestos medios. Quizá el setenta por ciento de los que sostienen a las familias son trabajadores industriales. Una pequeña porción trabaja también en las casas empacadoras y en los negocios de reducción; pero son muy pocas las personas de origen campesino que han mejorado su posición social hasta el punto de poder usar cuellos blancos. La gran depresión fué sorteada por los mexicanos especialmente gracias a la ayuda externa, aunque algunas personas hicieron

también esfuerzos para que pudieran seguirse ganando el sustento volviendo a la agricultura. La mayor parte de los asalariados obtuvieron trabajo del Estado en forma de ayuda y solamente lo perdieron cuando carecían de papeles de ciudadanía. Los hijos nacidos en América tuvieron que hacerse cargo de la familia y, en muchos casos contra su voluntad, tuvieron que sostener a sus padres. Con el auge producido en 1940 por las industrias de defensa, los viejos pudieron también conseguir trabajo en la industria, pero como no están nacionalizados no han podido conservarlo. Pero la segunda generación de muchachos y algunas de las chicas nacidas aquí sí han conseguido trabajo.

Ideología, Educación y Lenguaje

El inmigrante mexicano tiene que ajustarse a muchos otros rasgos de la vida urbana, aparte de la habitación y el trabajo. Tanto los padres como los hijos responden a características especiales que, por comodidad, podemos clasificarlas dentro de la categoría de ideología. La educación fonética es deficiente en el grupo inmigrante y son muchas las personas que no pueden leer fonéticamente el español escrito. Parece que las mujeres tienen un fundamento educativo superior al de los hombres. Los individuos instruidos quieren conservar el idioma español y hasta mejorarlo, para lo cual han formado clubes con este propósito. Los programas educativos para el mejoramiento del español han sido frecuentemente iniciados, pero casi siempre la falta de apoyo económico, ha impedido que se continúen. Son relativamente pocos los adultos que concurren a las escuelas nocturnas sostenidas por el Comité de Educación, pues, en la mayoría de los casos el sentimiento de inferioridad es tan fuerte que los inmigrantes no se atreven a iniciar en serio su aprendizaje del inglés. Los hombres aprenden mejor el idioma que las mujeres, lo mismo que en otros grupos inmigrantes, puesto que entran en contacto con una área mucho más amplia que la reclusa mujer. Unas cuantas mujeres aprenden suficiente inglés para libertarse de las trabas de subordinación que les impone su cultura.

El obstáculo del idioma fué vencido principalmente en los años de 1930, que fué cuando los mexicanos recibieron mayor ayuda del exterior. Este progreso se debió en parte a la segunda generación de hijos nacidos en Detroit y, desde luego, de habla inglesa. Al contrario de lo que sucede con otros grupos extranjeros, los niños mexicanos hablan entre sí su lengua materna, casi tan frecuentemente como el inglés. Los chicos, por 1929 a menudo iban a la escuela con tan escasos conocimientos del inglés que las

escuelas públicas tenían que colocarlos en clases especiales para solucionar esta dificultad. El bajo nivel cultural de los hogares es a menudo causa de un retraso en la mentalidad de los hijos. El deseo de mandarlos a las escuelas católicas, que la mayoría de las familias no puede satisfacer es otra cosa que impide su educación, pues a menudo se quedan sin ir a ningún colegio por mucho tiempo. Muchos padres piensan que la educación formal, más allá del nivel elemental es inútil; otros no lo piensan así, sino que estiman grandemente sus beneficios, pero, de todos modos, son pocos los niños mexicanos que terminan la secundaria en Detroit. La mayor educación que adquieren les da a algunos de ellos un sentimiento de superioridad sobre sus padres, lo cual constituye una base para conflictos con la autoridad paterna.

Raza y Nacionalidad

En el suroeste de los Estados Unidos, donde los mexicanos son especialmente numerosos, generalmente han sido definidos por los anglosajones, como un grupo inferior. El prejuicio de raza es tan fuerte en esas regiones que llega hasta a impedir los matrimonios entre las dos razas y el progreso económico. En Detroit se encuentra también cierto prejuicio contra los mexicanos, pero no tan fuerte como en el suroeste. Cuando quieren rentar una habitación, encuentran dificultad para que el dueño se las arriende, y a veces los chicos americanos atacan a los mexicanos en las calles. Pero no se hace ninguna discriminación contra ellos en los restaurantes, bares o peluquerías. Tampoco se les niega abiertamente el trabajo industrial, aunque sí se establece una discriminación subterránea en su perjuicio. No obstante la amplitud con que se efectúan matrimonios entre mexicanos y mujeres de otras razas, en la generación inmigrante y de ambos sexos en la segunda generación, refleja que, en el fondo no existe ninguna discriminación contra los mexicanos en Detroit. El desarrollo de la discriminación en el suroeste ha dado por primer resultado la creación de obstáculos para la adquisición de la ciudadanía americana ahí; así como a un aumento en el patriotismo de los mexicanos que es desconocido hasta en su propio país. No son muchos los mexicanos que consideran a los Estados Unidos como su segunda patria. En Detroit es cierto que es mayor la proporción de mexicanos naturalizados que en el suroeste, situación que se debe a la relativa falta de discriminación en esta ciudad, a la exigencia de parte de las plantas industriales de que primero se adquieran los papeles y a los salarios relativamente más elevados. Pero la mayoría de los mexica-

nos encuentran difícil naturalizarse debido al trabajo que les cuesta aprender el idioma, a las exigencias legales para la entrada y, sobre todo, a un fiero amor por la cultura de su patria. Los que se han naturalizado se muestran muy orgullosos de haberlo hecho y, a veces es esto motivo para que no se lleven bien con sus paisanos. La segunda generación es ambivalente en sus actitudes políticas, puesto que, por ejemplo, se mantiene leal a la lengua y a la cultura española, pero por lo demás, está completamente ligada a todos los asuntos y sentimientos de los Estados Unidos.

Observación de la Ley

El estereotipo conocido de criminalidad mexicana no se ha formado a través de las estadísticas de crímenes en todo el país ni tampoco de las que se refieren a la ciudad de Detroit.

La actitud de los mexicanos no es precisamente criminal, pero son frecuentes huéspedes de las cárceles, debido a que rehusan plegarse a las exigencias de la ley. Por ejemplo, son frecuentes las luchas a cuchillo que ocurren sin que ninguna de las partes ponga el hecho en conocimiento de la policía. Por 1930 la mariguana era cultivada y consumida en grandes cantidades por los mexicanos, pero recientemente casi ha desaparecido de la colonia. Los juicios contra mexicanos constituyen solamente el 0.19 por ciento del total de juicios seguidos contra extranjeros en 1940. Así pues, podemos decir que el mexicano de Detroit en general se ha subordinado a las leyes.

Dependencias Sociales

Aparte del Departamento de Beneficencia Pública, las dependencias sociales que han tratado directamente con los mexicanos que habitan en Detroit han sido el International Center, la Neighborhood House y la Immigrant Secretary of the Council of Social Agencies. Las primeras dos dependencias han actuado más bien como círculos de costura, clubes para aprender inglés, etc., y han ayudado a facilitar el camino a los chicos en la escuela. Miss Florence Cassidy, del Consejo de Dependencias Sociales, ayudó anteriormente a la colonia a mantener sus características culturales. En medio de la masa inarticulada que es la colonia, el trabajo de todas estas agencias ha dejado huellas poco visibles, aunque la labor de traductora e intérprete de Mrs. Teresa Vollmaere, del Centro Internacional, ha sido de inestimable valor.

Salubridad

Los mexicanos de los Estados Unidos todavía emplean las yerbas y otros remedios mágicos para curar sus enfermedades. Las tiendas de yerbas, propiedad de chinos, en lugares como San Antonio pueden dar testimonio de lo que decimos. En Detroit persisten las curas sobrenaturales, al lado de las actitudes escépticas hacia los métodos científicos empleados por los médicos. Sin embargo, el pueblo cree ya en las medicinas de patente y tiene fe en los procedimientos de algunos médicos. Las enfermedades que más han atacado a los inmigrantes han sido las del pulmón y se puede notar a través de ellas, cierta asimilación al medio americano en cuanto han aceptado los programas señalados por la salubridad pública para el control de dichas enfermedades. La respuesta a las medidas para el control de la natalidad (como era de esperarse en un grupo católico y de escasa cultura) no ha sido tan positiva, pero la asistencia a las clínicas de prenatalidad ha dado ya sus frutos rebajando las cifras de mortalidad infantil.

La Colonia: Asociaciones Comerciales

El nexo organizador que rodea inmediatamente a la familia es lo que constituye la colonia o sea la comunidad de nacionalidad. Las organizaciones comerciales incluyen aspectos conocidos tales como: casas de asistencia, restaurantes, panaderías, etc. Las casas de asistencia tienen todas nombres que denotan cuál es el Estado natal o el pueblo de donde proceden sus propietarios.

En este aspecto es donde se mantiene más celosamente la cultura mexicana, pues las comidas son estilo mexicano y las conversaciones y discusiones en español. Muchos restaurantes pequeños sirven platillos mexicanos y son visitados tanto por mexicanos como por americanos. No hay ningún cabaret grande que sea propiedad de mexicanos, pero muchos de estos lugares, manejados por españoles, tienen clientela mexicana. Las tiendas de abarrotes manifiestan una tendencia mayor que los restaurantes y los bares a vender objetos mexicanos y a seguir las prácticas comerciales del vecino país, por ejemplo, en la cantidad de crédito que conceden. Los billares sirven también de sitio permanente de reunión para los hombres y, a veces hasta se usan para que ahí reciban su correspondencia los solteros. Los profesionales de la colonia, en su mayoría no son de origen puramente mexicano. Españoles, indios de habla española o mulatos son los que ejercen la medicina y la abogacía.

Varios periódicos han surgido en la colonia, pero ninguno ha prosperado nunca. Esto se debe a que nunca han contado con anuncios que los respalden ni con suficientes subscripciones para que resulten costeables. Como la mayoría del grupo inmigrante no sabe leer, en su primera generación, además de que la segunda manifiesta muy poco interés, es natural que todo periódico de la colonia esté condenado al fracaso. Algunas revistas cinematográficas en español y el periódico "La Prensa", de San Antonio tienen muy poca circulación en Detroit.

Asociaciones fraternales

No hay ningún casino ni lugar usado exclusivamente por los mexicanos o que sea propiedad de ellos. Locales rentados les han bastado para las reuniones ocasionales, bailes y fiestas celebrados por los clubes y sociedades, en otra época numerosos. Históricamente, todo proyecto de recaudar fondos para fundar un casino mexicano ha resultado un fracaso. Pero, desde 1920 se han celebrado las fiestas nacionales principales, tales como: el 5 de mayo y el 15 de septiembre. Estos "actos cívicos" son respaldados por toda la colonia y superficialmente, logran impresionar al observador, dándole la idea de que existe una verdadera integridad dentro de la colonia, así como unidad de propósitos. La tradicional elección de una muchacha como Reina, dió en el pasado, motivo para muchas maquinaciones políticas por parte de las sociedades y grupos. Cuando estas celebraciones se formalizaron y fueron oficialmente reconocidas por el cónsul, designó una "Comisión Honoraria" para dirigir los festejos nacionales. Como en otras partes del país, el cónsul designó a los personajes más importantes para participar en el Comité, pero en Detroit, dichas personas fueron elegidas de las diversas sociedades y quedaron como representantes de las mismas. En 1930 se formó un "Comité Patriótico", no con miembros designados por el cónsul, sino federalmente constituido, el cual subsiste todavía con la misma forma. Pero ha disminuído el número de sociedades representadas en él; lo mismo que la cantidad de miembros que pertenece a cada sociedad.

Las sociedades que existen en la colonia con carácter puramente mexicano provienen del Club Círculo Mutualista Mexicano, que se formó en 1923 y que todavía persiste. Su lugar de reunión es el Círculo Internacional y sus miembros constituyen la élite de la colonia. Con los miembros que se han ido separando del Círculo, se han formado numerosas sociedades en la colonia, aunque pocas son las que subsisten. También han surgido varias sociedades femeninas, especialmente de muchachas, que se han

desbaratado, al casarse sus miembros. Las disenciones entre los clubes muchas veces se presentan por asuntos tan vagos como los programas para construir un sitio de reunión para la colonia, la política educativa, la elección de reina de la colonia, y el alcance que debe darse a las rígidas concepciones religiosas o a las medidas gubernamentales. La consecuencia es que nunca se ha logrado una verdadera unidad en todos los esfuerzos combinados de estas asociaciones. En cualquier época que se lleve a cabo una encuesta se descubre que sólo una pequeña proporción de los mexicanos pertenece a las sociedades, aunque casi todos ellos en algún tiempo hayan sido miembros de algún club o de varios.

Organizaciones Religiosas

La falta de unidad en la vida fraternal de la colonia se refleja también en la organización religiosa. La iglesia católica, levantada especialmente para los mexicanos en 1933, se encontraba a varias millas de distancia del sitio en que habitaban los mexicanos y además carecía de sacerdote nacional. Los ensayos que se hicieron posteriormente para atraer a los mexicanos a la Santísima Trinidad, tuvieron éxito al principio, pero pronto fracasaron cuando se descubrió la venalidad de los sacerdotes mexicanos de dicha organización. Casi la mitad de la colonia asiste muy irregularmente a los servicios religiosos, de donde puede inferirse una decadencia general de la fe. Pero, para muchas mujeres, la asistencia a la iglesia aún constituye su principal medio de relación con la comunidad. La decadencia de la fe es todavía más evidente en la segunda generación, ya que muchos hijos sólo van a la iglesia por dar gusto a sus padres. Hay algunos que se han hecho protestantes, lo que demuestra que la nueva fe y las nuevas normas de conducta se han ido infiltrando en la colonia. De todas las denominaciones protestantes, la iglesia baptista ha sido la que más los ha atraído. Pero, dentro de dicha iglesia se encuentra la misma falta de unidad, en cuanto se examina su historia. Sólo en los últimos años es cuando dicha iglesia ha logrado convertirse en un centro social de sus fieles que constituyen probablemente, el cinco por ciento de los miembros de la colonia.

La Comunidad Funcional

La falta de organización en la colonia se debe a varios factores que obran en combinación. Uno de ellos es la asimilación gradual de las con-

cepciones americanas de valuación pecuniaria. El campesino recién inmigrado tiende a conservar los objetivos populares de lograr inmediata felicidad y seguir siempre sin dinero. Pero, gradualmente, llega a aspirar a obtener cierta riqueza. Esta es conseguida por medios distintos y repartida irregularmente entre la colonia, lo que da origen a conflictos entre los nuevos ricos que ocupan puestos más o menos buenos dentro de la jerarquía industrial, relativamente bien pagados y, las personas que, debido a su educación natal y a su antigua situación en su país, se consideran superiores. Las personas que han tenido éxito no se dejan menospreciar por los que se han quedado abajo, aunque sean de clase superior. Así las castas y las clases levantan trabas que se oponen a la organización de la colonia. El desarrollo del individualismo queda coartado sin embargo, cuando se observa la semejanza que hay en la conducta de todas las familias mexicanas, que se observan al azar. No obstante, las sospechas que muestran los inmigrantes hacia toda persona inteligente de la colonia que trata de organizarlos o de indicar programas de mejoramiento social, refleja el desarrollo inconsciente del individualismo. La función de dicho individualismo, a la larga, se traduce en la ausencia de cohesión cultural y de organización. La segunda generación tiende a acentuar todavía más la falta de unidad, al no participar en los clubes, al asistir menos a la iglesia, al emplear más frecuentemente el idioma inglés y al asociarse más a menudo con jóvenes de otras nacionalidades, que funcionalmente son americanos y que tienden a poseer intereses americanos. La religión en muchos casos, constituye también una barrera para la unidad del grupo inmigrante. El arzobispo de Detroit piensa que debe alentarse la americanización a lo cual se contribuirá no autorizando clubes o iglesias católicas mexicanas por separado. Ordinariamente los mexicanos desean que haya una mayor unidad en su colonia, pero se encuentran ante un dilema. Junto a su deseo de estrechar la amistad y la intimidad entre todos los miembros de la colonia, encuentran los intereses de conflicto de la misma, que impiden la regeneración actual de su cultura popular y su sociedad.

La familia: Papel de los padres

En Detroit hay más hombres que mujeres mexicanos. Muchas parejas que viven unidas y tienen hijos no están legalmente casadas. Esta condición es algo que han traído de su país, y es la causa del gran número de hijos ilegítimos. La desertión del hombre y la subsecuente formación de nuevas uniones por parte de la mujer acentúa más la ilegitimidad de los hijos.

Estas uniones informales son también la causa de la falta de responsabilidad demostrada en la educación de los hijos, aunque, por lo general, son estables, a pesar de la falta de sanción ceremonial.

Como hay más hombres que mujeres mexicanas, aquéllos a menudo se buscan compañera no mexicana. De estas uniones resultan muchos conflictos, pues a menudo las mujeres extranjeras casadas, o juntadas con los mexicanos, no concuerdan en su conducta con la de la idealizada mujer mexicana. En la segunda generación es mayor el número de matrimonios internacionales. Quizá los hombres se casen fuera de su grupo más que las mujeres, lo cual se relaciona con el hecho de que las mujeres nacidas en los Estados Unidos, de origen mexicano, a menudo se casan con inmigrantes de su país de origen, mientras que la segunda generación de muchachos se casa, generalmente, con muchachas americanas de diversos orígenes. El cuidado que se tiene con las chicas, en un medio tan libre como el americano, a menudo da resultados contraproducentes y conduce a las muchachas a ejecutar acciones que en Detroit se consideran ilícitas.

El nacimiento de hijos ilegítimos suele presentarse también aun dentro del matrimonio, debido a que el marido abandona a su mujer y ésta se busca un nuevo compañero. Cuando alguno de los dos esposos solicita legalmente el divorcio, ambos consideran la reconciliación como algo fútil.

Tanto hombres como mujeres tienden a dar a sus nombres de pila un sabor anglófilo, cosa que rara vez hacen con sus apellidos. La costumbre española de tener dos nombres da origen a muchos fraudes, pues un hombre puede estar registrado en un empleo con un nombre y rentar su habitación con otro.

Los niños de las familias inmigrantes generalmente son nombrados con nombres americanos.

La mayor parte de las mujeres inmigrantes conservan el papel pasivo y subordinado de amas de casa que siempre tuvieron en su país. Procuran evitar que sus hijas tengan ninguna clase de relaciones con los hombres y notan con profundo disgusto la libertad de que gozan las chicas de la segunda generación, aunque no pueden hacer nada por impedirlo. A pesar de ello, la mayoría de las muchachas de la segunda generación permanecen también en su casa subordinadas, a la voluntad de sus padres. Las mujeres mexicanas que han asimilado los valores americanos de libertad y que tienen un nuevo concepto del papel que les toca representar en la vida, constituyen la minoría entre el grupo inmigrante de Detroit. Pero aun para las mujeres que menos se han asimilado, es posible que disfruten de mayor libertad en Detroit que en cualquier lugar de México.

El papel del hombre en la familia consiste en sostenerla y en mantener la autoridad dentro del hogar. El carácter intermitente de las ocupaciones de los hombres, su escasa educación y su ciudadanía mexicana todo ha contribuido a que no pueda pasar de las últimas filas de los trabajadores. Los hijos, principalmente los que han aprendido a hablar inglés y tienen educación americana, se oponen generalmente a las órdenes del padre, pero siempre son los chicos los que tienen más conflictos que las muchachas. A veces la oposición de las muchachas se manifiesta a través de clubes cuyo objeto consiste en conseguir para sus miembros la libertad de que gozan las contemporáneas americanas.

A pesar de las barreras proteccionistas que se levantan en torno a ellas, las muchachas ordinariamente llegan a adquirir cierto conocimiento de la naturaleza de las relaciones sexuales. Pero, a pesar de esto, la mayoría de la segunda generación de hombres adultos se porta como americana en casi todos los aspectos de su conducta, mientras que las muchachas en sus ideas y actividades están en mayor contradicción con el ambiente que las rodea. Por la firmeza con que se les han inculcado las normas mexicanas.

Los padrinos se preocupan tanto material como espiritualmente, por el porvenir de sus ahijados. Los niños recogidos son cuidados y amados mucho más, tal vez, que en casa de sus verdaderos parientes. No hay normas fijas para los hijos ilegítimos adquiridos por las mujeres, pues, en algunos casos, son inmediatamente aceptados por el marido, mientras que en otros, son criados y educados por los abuelos. En México las personas viejas son cuidadas cariñosamente, mientras que en Detroit esta costumbre desaparece, hecho que indudablemente se debe al carácter intermitente de las ocupaciones de los jóvenes.

Papel de los hijos

Los hijos de los mexicanos en Detroit, cuando son chicos, manifiestan la misma docilidad que en México. Los rasgos populares de timidez, reticencia, cortesía, generosidad y modestia, son perfectamente evidentes en ellos. Se concede a los niños una gran libertad en sus actividades, pero cuando se aproximan a la adolescencia, tanto los niños como las niñas, se les cuida más. La educación y el dominio de la lengua entre los chicos de ambos sexos, a medida que van creciendo da origen a competencias, en las cuales no siempre se acepta de buena gana la derrota, lo cual, a su vez, da origen a conflictos. Este conflicto tiende a ser más notable entre padre

e hijo. El hijo mayor se encuentra en posibilidad de interpretar la cultura americana a sus padres y de separarse de la cultura mexicana, cosa que ellos no quieren permitir. A menudo esta situación da motivo a una lucha constante entre el principio de dominación del padre y el de rebeldía del hijo, cosa que los padres ven con mucho desagrado. Hay algunos hijos que demuestran simpatía y tolerancia para las incongruencias de sus padres y que procuran disimularlas lo más posible. Esto se aplica particularmente a los hijos que han nacido en México y se han criado en Detroit. Los muchachos muchas veces tratan de ejercer cierta autoridad sobre sus hermanas (de acuerdo con las costumbres mexicanas), pero, lo que es ilógico, no contribuyen con parte de su sueldo al sostenimiento de la familia, como también lo demandan las costumbres mexicanas. Los símbolos y valores que conservan los hijos y de cuyo significado se poseen son generalmente aquellos que tienden a aumentar sus respectivos sentidos de personalidad, además de que pueden adquirirse con más facilidad.

En general, la posición de la madre ha seguido en el mismo plan que dentro de la estructura familiar característica de México, pero la situación del padre ha declinado, desde la posición de un patriarca autoritario, bien a la de un amargado y frustrado autócrata, o bien hacia la de un jefe nominal y quizás hasta despreciado. Los jóvenes han asumido posiciones de dominio o de igualdad respecto a sus padres, mientras que las muchachas, en general, permanecen en una situación subordinada, aunque tienen más actividades externas que sus padres. Pero en la mayoría de los casos, por lo cual podemos considerarlo como típico, tanto los muchachos como las muchachas aceptan empleos tan pronto como salen de la escuela.

Implicaciones teóricas

Falta únicamente considerar algunas de las implicaciones teóricas de estos hechos. La migración voluntaria de los campesinos mexicanos, de una sociedad relativamente estabilizada que posee una cultura folklórica propia, a una sociedad altamente dinámica con una civilización monetaria ha alterado, entre otras cosas la estructura social de la familia mexicana. Dicho cambio ha afectado también el ethos que, en sí mismo, puede considerarse simplemente como una construcción de los valores mayores de que se mantiene un grupo étnico.

Con la asimilación de los símbolos y valores de la cultura dominante, las concepciones del yo cambian y los papeles de cada quien tienen que reajustarse. Estas alteraciones han dado lugar a nuevas formas de conduc-

ta que, a su vez han llegado a quedar ya metidas dentro de la rutina de otra concepción de la vida. La conducta, en esta forma, queda ya normalizada, pero las normas de cultura distinta, que de cuando en cuando brotan, no son tan fácilmente definibles como eran las normas antiguas. Este ha sido el proceso de cambio cultural sufrido por este grupo étnico.

Es poco lo que hemos dicho del proceso de aculturación que resulta de la existencia de este grupo inmigrante en la ciudad de Detroit. La fusión de sistemas genéricos de símbolos ha tendido a la aceptación, por parte de los mexicanos, de los símbolos americanos. Debido a la necesidad de obtener la aprobación social del medio que los rodea, y de ganarse la vida, es natural que los mexicanos hayan absorbido más cultura americana que diseminado cultura mexicana. Es imposible determinar hasta qué punto los alimentos mexicanos o las palabras españolas que se oyen en Detroit, junto con otros elementos simbólicos, que aparecen de vez en cuando en la cultura americana, han sido esparcidos por este grupo numéricamente pequeño y socialmente aislado que vive en Detroit.

La transmisión más directa es la del idioma español hecha a las mujeres americanas que se han casado con mexicanos y que han ido a vivir dentro del centro de concentración de población mexicana. Pero, por cada una de estas personas, hay cientos de mexicanos que han adoptado las costumbres americanas. Así pues, podemos decir, que el proceso ha sido más bien unilateral. Lo mismo que ha sucedido con otros grupos inmigrantes, el de los mexicanos, junto con su cultura en su integridad y en su unidad funcional, está condenado a ser absorbido por el medio americano dentro de las próximas generaciones. Mientras mayor ha sido la asimilación de cultura americana por cada individuo del grupo, menor es la fusión actual de elementos y configuraciones culturales. Este hecho se refleja en la estructura cambiante de la familia mexicana residente en Detroit.